

## *La formación de la clase obrera en Inglaterra: E. P. Thompson y la crisis del marxismo*

### **The making of the English working class: E. P. Thompson and the crisis of Marxism**

Fernando Díez Rodríguez  
*Universidad de Valencia*

#### RESUMEN

Este artículo aborda la importante y fundamental obra de E. P. Thompson desde la perspectiva de la crisis del marxismo en los años 1960, y la manera cómo esta crisis se refleja en el autor y en la obra. La novedad y la influencia de la obra más conocida de E. P. Thompson tienen que ser entendidas en este contexto específico y crítico, así como el intento revisionista que lleva a cabo como reacción a la crisis del marxismo. Tal revisionismo nos conduce a su apasionada lectura de William Morris. Mediante ésta, descubre una tradición alternativa al marxismo ortodoxo, tanto para investigar la historia de las clases, como para redefinir su propia idea del anti-capitalismo. Esta tradición alternativa fue considerada por E. P. Thompson compatible con las ideas originales de Karl Marx.

PALABRAS CLAVE: Marxismo ortodoxo. Revisionismo marxista. Socialismo Utópico. Determinismo económico. Radicalismo romántico anti-capitalista. Crisis del marxismo. Idea marxista de clase. Conciencia de clase.

#### ABSTRACT

This article addresses the important and fundamental work of E.P.Thompson from the perspective of the crisis of Marxism in the 1960s, and the way that this crisis is reflected by the author. The novelty and influence of E.P. Thompson's most well-known work must be understood within this specific, critical context, just as one must understand, contextually, his revisionist attempt which he carried out in reaction to the crisis of Marxism. His revisionist views led to his fervent reading of William Morris. Through this, he discovered an alternative

tradition to orthodox Marxism, both to investigate the history of the classes, as well as to redefine his own idea of anti-capitalism. This alternative tradition was considered by Thompson to be compatible with the original ideas of Karl Marx.

KEYWORDS: Orthodox Marxism. Marxist Revisionism. Utopian Socialism. Economic Determinism. Anti-capitalist Romantic Radicalism. Crisis of Marxism. The Marxist Idea of Class. Class Consciousness.

*La Formación de la clase obrera en Inglaterra* se publicó en 1963\*. Su aparición supuso una profunda inflexión en el campo de la historia social y especialmente en las investigaciones sobre la clase obrera. Durante décadas éstas se habían limitado al estudio de las organizaciones de clase (sindicatos y partidos políticos), los conflictos protagonizados por los obreros, el examen de las diferentes doctrinas socialistas, las biografías de líderes del movimiento obrero y las condiciones materiales de vida de la clase trabajadora.

La aparición de la obra de Thompson contribuyó en gran medida a que ya nada fuera igual. Las investigaciones sobre la clase y, más en general, sobre el trabajo transitarán en el futuro una senda bien diferente que nuestro autor supo adelantar y señalar<sup>1</sup>. El mismo título de la obra anunciaba ya un punto de vista novedoso y aun perturbador. Por primera vez un historiador que se declaraba marxista se planteaba la necesidad de investigar cómo se forma *una* clase obrera. Es decir, parecía romper con la idea de que la clase venía realmente dada con la aparición y consolidación del modo de producción que la creaba, y asumía como un reto singular de la investigación que la clase *se formaba* y, además, que la comprensión del proceso de su formación exigía una concienzuda y extensa pesquisa. Esto se completaba con la idea de que dicha formación era un fenómeno singular, con un importante sesgo idiosincrásico, así que la relevancia

---

\* Este artículo se ha beneficiado de la atenta lectura de dos colegas y amigos: Gonzalo Díez y José Antonio Carazo. Ambos han contribuido a mejorar el texto original.

<sup>1</sup> Hay que recordar que la renovación thompsoniana de la historia social no fue un fenómeno aislado que pueda atribuirse a este autor en solitario. Baste recordar que en 1959 vio la luz *Primitive Rebels* de E. J. Hobsbawm y *The Crowd in the French Revolution* de G. Rudé. Entre 1961 y 1963 se publicó el importante estudio de R. Cobb sobre la movilización popular en la Revolución Francesa, *Les Armées révolutionnaires*. En 1962, apareció el libro de A. Soboul, *Les Sans-Culottes parisiens en l'an II*. Si en algo destacó el impacto de la obra de Thompson sobre éstas fue por el tema específico de su estudio y las implicaciones teóricas que su manera de abordarlo plantearon de inmediato.

de factores determinantes de tipo general no parecía explicar convenientemente la aparición histórica de la clase. Como afirma Bryan Palmer (2004: 112), “el libro (*La Formación*) sacó a la historia obrera de las profundidades de un largo sueño dogmático”.

Sobre esta obra se ha dicho casi todo lo que podría decirse, pero que se cumpla en este año el cincuenta aniversario de su publicación pide la celebración de su aparición, el recuerdo de su impacto historiográfico y la constatación de la huella viva que ha dejado en todos los que nos hemos interesado por la historia social. *La Formación*, más que ninguna otra obra renovadora de la historia social coetánea, removió este terreno y lo hizo no sólo por la manera muy novedosa de hacer la historia de la clase, con importantes innovaciones en la utilización de fuentes y en el tono y forma de la escritura, sino también por el sesgo contestatario con el que se llevaba a cabo la investigación, poniendo en tela de juicio y trasgrediendo principios teóricos inamovibles de la tradición intelectual que se tenía a sí misma por garante exclusiva de la historia de la clase obrera. Y esto se hacía reclamando el autor para su obra un lugar en tal tradición.

*La Formación* fue tan impactante e influyente por lo que tenía de heterodoxa. La textualidad de la misma y los breves comentarios teóricos que su autor incorporaba, de forma bastante aleatoria, apuntaban a una recomposición de elementos fundamentales de la tradición marxista difícilmente admisible. Además, un detenido análisis del texto mostraba serias inconsistencias teóricas que se derivaban, en buena medida, del difícil ensamblaje entre la manera como su autor establecía efectivamente la formación de la clase en su investigación y los presupuestos marxistas a los que decía mantenerse fiel. Lo cierto es que estos defectos de la obra pueden ser vistos, desde la perspectiva actual, como parte de su impacto e influencia, también de su éxito. Revelan insuficiencias teóricas y aun argumentativas y son responsables de algunas de las partes más débiles del texto. Pero más allá de esto la obra brilla en la viveza y sugestión intelectual de muchos de sus análisis, en la frescura y amplitud de tonos de su narratividad y en la manera única como sabe transmitirnos algo importante de la vida y la experiencia de una clase, vista hasta entonces como una especie de constructo disecado en el que si algo faltaba eran precisamente los seres humanos que poblaban sus filas.

La sustancia heterodoxa de la obra es la savia por la que fluyen los elementos de su condición rompedora e innovadora. Y este carácter está íntimamente relacionado con la crisis que su autor vive con respecto al marxismo, con su

ruptura con el marxismo ortodoxo de la época y la necesidad de elaborar una alternativa revisionista en la que pueda seguir sintiéndose como el marxista que sigue queriendo ser. *La Formación* refleja este movimiento. *La Formación*, todavía más, levanta acta del mismo. La investigación sobre la clase obrera inglesa se beneficia ampliamente de la ruptura de su autor con las rigideces de la ortodoxia, pero también trasluce las serias limitaciones teóricas del revisionismo thompsoniano.

En este artículo nos centraremos en la dificultosa relación que *La formación de la clase obrera en Inglaterra* mantiene con el marxismo. Vamos a considerar este hecho singular como una manifestación más, de época, de la profunda crisis de esta corriente de teoría social en tanto movimiento estructurado visible e identificable como tal<sup>2</sup>. Una crisis que se alarga en un dilatado y tormentoso proceso crítico que destaca por su extraordinaria, y difícilmente esperable, duración. Desde esta perspectiva abordaremos la obra y el autor. *La Formación* es, además de muchas otras cosas, un texto significativo de esta crisis en un estado terminal de la misma, y sólo se comprende completamente en este preciso contexto. Thompson es, por su parte, un marxista que vive dramáticamente los estertores tanto de una singular tradición histórica del anticapitalismo, como de la principal ilusión política que esta tradición alumbró. En una primera y breve parte recordaremos al lector lo relativamente temprana que fue la crisis del marxismo, así como su más que largo periplo temporal; un periplo que hay que entender como una dilatada supervivencia siempre sustentada por fenómenos históricos que alargaron artificialmente su duración. Subrayaremos que ya desde los comienzos se plantearon algunas cuestiones importantes que tendrán su reflejo, casi cincuenta años más tarde, en la tardía disidencia thompsoniana y en la relectura revisionista que nuestro autor hace de la teoría. La segunda parte versará sobre las principales divergencias de Thompson con la corriente

---

<sup>2</sup> La crisis del marxismo a la que nos referimos hay que entenderla como crisis de una singular corriente que integra, de manera indisoluble, *teoría y praxis revolucionaria*: crítica radical del capitalismo y transformación del mundo del capitalismo en una nueva realidad a la que se puede llamar comunista o socialista. Esta caracterización del marxismo se sintetiza en las palabras de Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach*: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” (Tesis 11<sup>a</sup>). Este texto inédito de Marx fue puesto en circulación por Engels en 1888. Desde esta precisa perspectiva, la crisis del marxismo de la que habla este texto puede considerarse como terminal desde un punto de vista histórico, una vez que la praxis marxista, en su versión socialdemócrata y marxista-leninista, se ha desfondado y ha desvirtuado partes significativas de la teoría.

principal del marxismo de su tiempo. Los asuntos principales de su reacción y de su ruptura y la profunda impronta que graban en las páginas de *La Formación*. La tercera parte se centrará en el descubrimiento de William Morris por nuestro autor y en lo mucho que tal descubrimiento contribuyó a la elaboración de la posición revisionista de Thompson. Terminaré esta parte con unas breves reflexiones sobre las huellas específicas que el revisionismo de Thompson, de filiación morrisoniana, deja en *La Formación*.

#### LA CRISIS SECULAR DEL MARXISMO

Los problemas graves en el seno de la tradición marxista se remontan a principios del siglo XX. Coinciden, a grandes rasgos, con el inicio y desarrollo de las transformaciones económicas y sociales del capitalismo de la Segunda Revolución Industrial y con las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Lo que había sido una corriente de pensamiento relativamente uniforme, en la que Engels y el socialismo alemán habían jugado un papel dominante y unificador, comenzará a mostrar importantes grietas. No vamos a detenernos en este complejo y largo proceso. Sólo quiero señalar que, ya desde sus comienzos, la crisis del marxismo como teoría del anticapitalismo y de la praxis socialista, manifiesta algunas graves disonancias que perdurarán en el tiempo como problemas correosos de difícil reducción. Además deseo subrayar lo sorprendentemente dilatada que fue la pervivencia del marxismo a lo largo de la primera mitad del siglo XX, y un poco más, en los medios socialistas, políticos e intelectuales, europeos continentales. También es destacable lo arduo de las polémicas que se desarrollaron en su seno, en numerosos casos sin que se cuestionara la pertinencia del marxismo, a pesar de las graves divergencias que persistentemente se ponían de manifiesto entre sus supuestos teóricos y las realidades económicas, políticas y sociales del período.

En la primera y segunda década del siglo XX apuntan ya una serie de cuestiones muy polémicas dentro del marxismo. Sólo subrayaremos algunas especialmente sensibles en relación con la teoría y que tienen un largo recorrido temporal. Es el caso de la crítica del acusado determinismo económico en el que se fundamentaba la definitiva crisis del capitalismo, y de la dificultad de mantener la tesis de la pauperización obrera (teoría de la proletarización de la clase obrera), tanto en su versión absoluta como relativa. Lo primero venía a plantear serias dudas a la creencia de que el capitalismo no podría superar sus contradicciones económicas endógenas, las que decretaban su condena a muerte. Las dudas al respecto llevaban a asumir la posibilidad de su recurrente capacidad de

adaptación y superación de sus crisis sistémicas, lo que tenía el efecto de debilitar seriamente todo el análisis infraestructural de la teoría. El segundo punto polémico también comprometía principios fundamentales, pues afectaba de manera importante a la lucha de clases y ampliaba considerablemente las posibilidades de desarrollo de una “falsa conciencia de clase” o, dicho de otra manera, las posibilidades de la integración de la clase obrera en la sociedad capitalista. Y esto precisamente en aquellos medios obreros de los países capitalistas avanzados que deberían ser la punta de lanza de la revolución socialista según la ortodoxia marxista. Las corrientes críticas surgidas del propio marxismo se inclinaban decididamente por una alianza de clases en la que jugaban un papel decisivo las clases medias junto con la clase obrera, formando así el nuevo substrato social de las políticas socialistas, caracterizadas ahora como necesariamente democráticas y reformistas, con la opción por economías planificadas y de tipo mixto en las que perdía su sentido la necesaria y completa colectivización o socialización de los medios de producción<sup>3</sup>. Un segundo tipo de críticas afectaban directamente a la caracterización última del socialismo y del propio anticapitalismo. Se expresaba en ellas un rechazo a los fundamentos economicistas y utilitaristas que el marxismo arrastraba desde la propia obra de Marx, fundamentos que no habían sido revisados y reformulados por el marxismo posterior. El nudo de esta cuestión es la debilidad de la idea de acción social que dominaba en el marxismo, en la que tendía a primar como fundamento un *utilitarismo simplificado* que dejaba de lado o minusvaloraba las dimensiones psicológicas, culturales y éticas de la acción social y en el que pervivía, a su manera, un cierto hedonismo, es decir, el objetivo de la consecución de la felicidad como fundamento último de la motivación social. Una idea de felicidad, por otra parte, simplificada y nunca suficientemente esclarecida en su especificidad socialista. Esta debilidad propició, ya desde

---

<sup>3</sup> Estas cuestiones son ampliamente desarrolladas por Eduard Bernstein en los medios del socialismo alemán a partir de 1899 (*Problemas del Socialismo*). Desde la perspectiva actual, quizá nadie supo señalar, tan agudamente y tan pronto, las líneas de ruptura de la socialdemocracia europea con el marxismo como Bernstein. Gustafson (1975). Mucha de sus ideas, consideradas “revisionistas”, están detrás del alejamiento de los partidos socialistas europeos del marxismo una vez acabada la Segunda Guerra Mundial. La alianza de clases está en Bernstein y también en otros, caso de Henri de Man. De Man es uno de los defensores más importantes, en los años de entreguerras, de la planificación económica y las economías mixtas. Un programa económico con amplia influencia en muchos países de la Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial. La crítica de De Man al marxismo apareció en un influyente libro de 1926, titulado *Au delà du Marxisme*.

principios del siglo XX, la crítica de aquellos que reivindicaban la importancia de las dimensiones psicológicas y éticas para comprender y propiciar la acción anticapitalista y para perfilar una idea suficientemente elaborada y abarcadora de lo que debiera ser el socialismo. Ya el primer revisionismo alemán, el de Bernstein, tendía a la adopción de posiciones neokantianas para defender la necesidad de un socialismo con bases éticas. Georges Sorel, por su parte, consideraba que los argumentos económicos (tipo *plusvalía* capitalista) difícilmente podían ser, precisamente por su entidad racionalista, la base sobre la que levantar un movimiento obrero revolucionario y buscaba en la psicología profunda los fundamentos de tipo mitológico, por lo tanto irracionales, para la movilización de las masas (el mito de la lucha de clases o la lucha de clases como mito). Henri de Man insistía, a su vez, en las limitaciones del análisis anticapitalista marxista y volvía a subrayar los aspectos psicológicos y éticos como un gran vacío en la teoría que, finalmente, la hacían inservible. Este autor es seguramente uno de los primeros que analiza, con algún detenimiento, la base hedonista que anidaba en el marxismo y los serios problemas que esto suponía para que fuera el pilar del anticapitalismo y de un socialismo viable. La preocupación por la dimensión ética del socialismo venía a corregir el crudo economicismo imperante, la falta de preocupación teórica por los fundamentos éticos de la acción socialista, y la posibilidad cierta y real de que el socialismo derivase en sistemas de ingeniería revolucionaria en los que el ordenamiento moral del juego entre medios y fines no alcanzase la más mínima importancia. Esto es lo que solía achacarse al novísimo marxismo soviético, en su versión leninista, primero, y estalinista después. Aquí aparecía una nueva idea de revolución que, para la corriente principal del mismo marxismo, la socialdemócrata, rompía con lo que consideraba el canon marxista de la transición del capitalismo al socialismo mediante el necesario desarrollo y maduración de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción en las economías capitalistas avanzadas. Modificar esta norma suponía intentar construir el socialismo mediante una acción revolucionaria que planteaba tales exigencias económicas, sociales y políticas (tal aceleración del proceso de transformación en países atrasados) que terminaban por traducirse en la conversión de la llamada “dictadura del proletariado” en un etapa crucial del proceso revolucionario, y por hacer de la misma un férreo régimen de poder y cambio de una entidad tal que resultaba totalmente ajena a la propia tradición marxista desde el siglo XIX. Un modelo de abolición del capitalismo y construcción del socialismo que repugnaba profundamente a los socialdemócratas europeos, pero que ejerció una influencia poderosa sobre el movimiento socialista europeo, alentó su crisis y dio pie a la aparición de los

partidos comunistas. Una de las más graves crisis del marxismo en el siglo XX. Cuando la revolución bolchevique empezó a ser realmente visible en Europa, avanzados los años de entreguerras, ni la economía soviética, ni la psicología del hombre soviético, ni la ética bolchevique tenía que ver con las inquietudes de aquellos críticos del marxismo que hacían de estas cuestiones un elemento central de su posición. Una de las razones era que tanto el leninismo como el estalinismo había roto de manera radical con el substrato humanista del socialismo, también del marxista. Con su denuncia de esta tradición como típicamente burguesa y su voluntad de erradicarla, este nuevo marxismo venía a coincidir, a su manera y por otras rutas, con todo un conglomerado de corrientes antiburguesas de muy diversa índole propias de las primeras décadas del siglo XX que se decantaban por alguna forma de “voluntad de poder” anti-humanista. El socialismo soviético asumía la exaltación del control político y de la ingeniería social como las vías adecuadas para la completa erradicación de los obstáculos de todo tipo que encontraba el comunismo para su implantación y para crear un hombre y una sociedad completamente nuevos. Mientras en la tradición socialdemócrata europea perdía progresivamente relevancia el anclaje marxista, el comunismo europeo representaba la nueva forma del marxismo. Una parte de la intelectualidad anticapitalista se sintió atraída por el mismo y cultivó este marxismo que, en mayor o menor grado, era un marxismo transido de leninismo y de estalinismo.

La crisis del marxismo derivó, en su corriente más importante, hacia la versión comunista y esto garantizó la larga, y llamativa, vigencia del marxismo en pleno siglo XX. Durante un largo período la corriente marxista, anclada en la ortodoxia comunista, pudo mantenerse a resguardo de un análisis profundo de sus debilidades teóricas, las descalificó y erradicó cuando aparecieron, y pudo evitar así algún tipo de crisis terminal. En esto influyó decisivamente el triunfo de la revolución bolchevique y la consolidación e influencia internacional de la Patria del Socialismo. También los Frentes Populares (un renacimiento del marxismo como política popular), así como el triunfo de los movimientos fascista y el importante liderazgo que el comunismo supo ejercer en el Movimiento Antifascista de los años 30. No menos destacado para entender lo que aquí se caracteriza como una llamativa pervivencia, es la influencia que tuvo la Guerra Fría sobre el reforzamiento, resistencia y expansión del comunismo, sobre la contención de la crítica al mismo y, más en general, a un marxismo demasiado condescendiente con el comunismo por efecto del síndrome dualista que la Guerra Fría propiciaba. Es a partir de 1956 cuando este panorama empieza a quebrarse definitivamente. Los graves problemas del comunismo, y de la versión



comunista del marxismo, en la Europa del Este irrumpen con intenso dramatismo en la conciencia marxista de Occidente con la Revolución Húngara. Como ocurrió en el caso de Thompson, esta violenta, inesperada y perturbadora irrupción de los problemas del Este, supuso el arranque del proceso que supondrá el ocaso del marxismo como *movimiento* intelectual que unía de manera inseparable teoría y praxis revolucionaria. Quedará algún marxismo intelectual en manos de pensadores independientes. Y, ciertamente, quedará la figura de Marx como uno de los pensadores más importantes del siglo XIX que seguirá siendo motivo de inspiración para algunos teóricos sociales. Pero el marxismo, lo que conocemos históricamente como marxismo, desapareció después del diagnóstico, ya antiguo, de sus graves insuficiencias (teóricas y prácticas), después de una casi milagrosa e inesperada recuperación y una larga y poco prometedora convalecencia.

En esta dilatada peripecia hay que situar a Thompson y su reveladora obra, *La Formación*. Ambos pertenecen a la etapa de la crisis terminal del marxismo. El autor y su obra son un buen ejemplo del agotamiento final de la teoría y del movimiento. Resuenan claramente en Thompson los ecos de aquellos problemas que marcaron, desde el principio, las líneas de erosión del marxismo y podemos considerar su obra de 1963 como el testimonio historiográfico de una ruptura y de un intento, harto problemático, de revisión.

#### LAS DIVERGENCIAS DE E. P. THOMPSON

El factor determinante de la aparición de la clase obrera es, en la concepción marxista, necesariamente de tipo estructural. Está referido por completo al Modo de Producción Capitalista definido por las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. A partir de este substrato objetivo se desarrolla la conciencia de clase, el elemento subjetivo mediante el que la clase toma conciencia de las condiciones de explotación económica y de dominación social (cuya condición real reside en la realidad subyacente del modo de producción) a las que está necesariamente sometida. La conciencia de clase se articula y pasa a la acción como Movimiento Obrero anticapitalista. Esta diferenciación a la hora de hablar de la clase es fundamental en el marxismo y se tradujo, en el propio discurso de Marx, mediante la distinción, un tanto escolástica, de *clase en sí* y *clase para sí*. Tal diferenciación permite una lectura singular de distintas situaciones de la clase obrera según diferentes marcos territoriales y nacionales (en el marxismo diferentes burguesías nacionales y revoluciones burguesas, según países). Creada la clase obrera con el nacimiento, desarrollo y

consolidación del Modo de Producción Capitalista, cabe que encontremos *formaciones sociales* (es el término empleado por el marxismo) en las que, por diversos motivos, la existencia objetiva de la clase obrera no esté acompañada por el desarrollo completo de su conciencia de clase, la conciencia necesaria para que dicha clase cumpla con plenitud su papel histórico revolucionario en la lucha de clases y, por lo tanto, en la abolición definitiva del capitalismo y la implantación del socialismo<sup>4</sup>. El caso de la clase obrera inglesa siempre será una piedra de toque en la polémica marxista sobre la clase y la conciencia de clase, pues dicha clase sólo de manera ocasional, y principalmente en sus fases tempranas de desarrollo, tuvo algo parecido a una conciencia revolucionaria de clase (“conciencia verdadera” de clase) tal y como el marxismo la define. Este tipo de argumentaciones basadas en la relativa dualidad entre clase y conciencia permite, por una parte, una lectura marxista de las diferencias efectivas según países en materia de clases y lucha de clases y mantiene viva la posibilidad de que la clase rencuentre, en su caso, la verdadera conciencia, inexistente o perdida, en virtud de su existencia *objetiva* como tal. Por otra parte, propicia la suficiente separación entre el *ser social* y la *conciencia social* como para que esto acabe convirtiéndose en un foco de problemas teóricos y de discusión de largo aliento entre los pensadores marxistas, siempre de difícil solución.

*La Formación de la clase obrera en Inglaterra* se sitúa desde el mismo arranque de la obra en una posición teórica completamente contraria a lo que su autor considera un inaceptable dualismo. Tal dualismo venía a afirmar la primacía rotunda de la creación *objetiva* de la clase, algo firme y fuera de toda duda, sobre la articulación *subjetiva* de la misma, algo sometido a condiciones históricas no siempre favorables y, por lo tanto, abierto a importantes perturbaciones. La repuesta de Thompson consiste en reducir lo más posible la distancia entre estos dos polos, haciéndolo de tal manera que *la clase* termina siendo en gran medida *conciencia de clase*; lo que viene a sugerir que realmente no hay clase sin conciencia de clase. Desde esta nueva perspectiva, crítica con el marxismo

---

<sup>4</sup> Frecuentemente esta deriva inapropiada, o no suficientemente clarividente, de la conciencia de clase es achacada, en las polémicas entre marxistas, a la manera específica en la que se ha realizado la *Revolución Burguesa* en una *formación social*. Hay un modelo típico de Revolución Burguesa que facilita la autonomía política y social de la clase obrera y genera las condiciones adecuadas para la lucha de clases y la consolidación de un Movimiento Obrero revolucionario. Hay, por otra parte, revoluciones burguesas atípicas, demediadas o imperfectas que limitan poderosamente el desarrollo de una verdadera conciencia de clase entre los trabajadores.

ortodoxo, lo decisivo en una investigación sobre la formación de la clase son todos aquellos elementos subjetivos, todas las múltiples *experiencias* y vivencias, que propician la formación de la conciencia autónoma de clase. Como Thompson suele afirmar, sobre la experiencia de la clase se conforma su conciencia<sup>5</sup>. Nuestro autor se inclina rotundamente por una perspectiva que necesariamente tiende a velar los factores objetivos determinantes de la formación de la clase y las disquisiciones sobre verdaderas o falsas conciencias, perdiendo esta distinción gran parte de su relevancia histórica e historiográfica; aquella relevancia que para sostenerse necesita de una suficiente separación entre clase en sí y clase para sí que posibilite determinar los tipos de conciencia de la clase en las *formaciones sociales*, sin que se admitan modificaciones significativas en las condiciones universales (capitalistas) y objetivas de existencia de la clase.

La divergencia thompsoniana sobre este dualismo le facilita una relectura en profundidad de la historia de la clase obrera inglesa. Un aspecto importante es que su interpretación ya no estará condicionada por la consideración de tal clase como una *excepción* o una variante que se aleja del algún tipo de referente normativo. Thompson aborda directamente esta cuestión en un ensayo de 1965, tres años después de la publicación de *La Formación*. En él responde, de forma muy crítica, al análisis de la estructura social británica llevado a cabo por dos importantes historiadores marxistas británicos, Perry Anderson y Tom Nairn, en la *New Left Review* en 1964<sup>6</sup>.

El análisis de estos dos autores difiere completamente de la manera como Thompson se había planteado la historia de la clase en *La Formación*, una diferencia que compromete cuestiones de fondo de teoría marxista y de interpretación marxista de la historia. Esta polémica, que siguió después de 1965,

---

<sup>5</sup> En el Prefacio de *La formación*, Thompson insiste repetidamente en su concepción subjetiva de la clase, en lo importante de la experiencia obrera para la formación de la clase, escamoteando, para que quede clara desde el principio su idea, la determinación objetiva del Modo de Producción: “La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación”. “No veo la clase como una ‘estructura’, ni siquiera como una ‘categoría’, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas” (1989, xiii). “La clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos y habitualmente opuestos a los suyos” (1989, xiv).

<sup>6</sup> Nairn, Tom (1964), Anderson, Perry (1964). El ensayo de Thompson lleva el significativo título: “Las peculiaridades de lo inglés”. Thompson, E. P. (2002).

supone y certifica una importante ruptura producida en los medios intelectuales del marxismo británico, con posteriores repercusiones que rebasarán las fronteras del Reino Unido. De hecho, la divergencia de Thompson lo es con toda una historiografía marxista representada por estos dos historiadores. A partir de entonces, Thompson será visto, a su pesar, bien como un marxista muy *sui generis*, bien como un historiador que, en la práctica, mantiene posiciones heterodoxas difícilmente compatibles con el marxismo.

Los principales temas de discrepancia, que el mismo Thompson señala, son la manera como Anderson y Nairn analizan la Revolución Burguesa inglesa y el papel histórico de la clase obrera inglesa. A esto añade dos cuestiones de método: el determinismo económico que está presente en esta manera de hacer historia y el rechazo del “empirismo” por la misma, es decir, de una manera de investigar sensible a los hechos históricos que la propia investigación establece y abierta a una relación dinámica entre éstos y la teoría<sup>7</sup>. Thompson critica un modelo de Revolución Burguesa, el que encuentra en Anderson y Nairn, y el consiguiente desarrollo de la clase obrera inglesa mediatizado por la “forma” de tal revolución y sus consecuencias, lo que termina por explicar la *excepcionalidad* de la clase obrera inglesa. Achaca a tal modelo el estar elaborado según el patrón de la Revolución Burguesa en Francia, la Revolución Francesa de 1789. En cualquier caso, este marxismo funciona con un referente canónico de Revolución Burguesa que adopta elementos significativos del caso francés y difícilmente puede servir para evaluar las revoluciones burguesas de otros países y las consecuencias que de esto se derivan para la formación de la clase obrera. Es el caso de Inglaterra. A la luz de la Revolución Burguesa canónica, la experiencia inglesa muestra, por diferentes y múltiples motivos, una palmaria divergencia, lo que se traduce en la consideración de la misma como un fracaso o como una grave desviación.

Una consecuencia fundamental de esto es la deriva histórica de la clase obrera británica y su movimiento social hacia posiciones reformistas o de un revolucionarismo sólo temprano, a veces ocasional y finalmente más que tibio. Las inconsistencias de la burguesía inglesa salida de la Revolución, su

---

<sup>7</sup> Thompson tacha en más de una ocasión de “platónica” la manera de proceder de este tipo de investigaciones. El empíreo de las Ideas marxistas, por ejemplo la idea de clase o de Revolución Burguesa, presiden la investigación y ésta presenta la compleja realidad histórica, bien como una constatación de la Teoría, bien como una excepcionalidad a la misma que requiere, a su vez, una explicación acorde con dicha Teoría. La actitud “empírica” de Thompson es un marcador de sus problemas con el marxismo y su intento de revisión del mismo.

dominación económica y social demediada por la pervivencia del poder de la aristocracia terrateniente, hacen que la confrontación de clases en el capitalismo inglés esté escamoteada por la misma pervivencia de factores extraeconómicos que dificultan el desarrollo de una conciencia de clase plenamente autónoma y contestataria respecto al conjunto del sistema, principalmente a su base económica. “La clase más insurgente de Europa terminó por convertirse en la más entumecida y dócil”. En estas condiciones, el marxismo (como teoría verdadera de la revolución proletaria, también como praxis política y sindical) tendrá una influencia tardía y débil en Gran Bretaña. Si algún “socialismo” tuvo éxito entre las clase obrera siempre fue el de perfil más reformista y templado.

Thompson insiste en que la experiencia histórica es siempre única “en cierto sentido” y denuncia, por idealista y contraria al ejercicio de la historia, la estrategia intelectual que compara el caso británico con algún tipo de referente que se encarga de dictaminar su excepcionalidad. A los ojos de Thompson, la tarea es hacer la historia real de la clase y del movimiento obrero y sus luchas atendiendo a las tradiciones y las condiciones específicas del país en el que surge. Su propia investigación establece que no es ésta precisamente una historia falta de contestación, de alternativas anticapitalistas y de elementos suficientemente significativos como para constatar la autonomía de la clase, aunque ciertamente esto no suponga la existencia de una clase en ruta permanente e indefectible hacia algún tipo ideal de socialismo. Después de todo la llamada “excepcionalidad” de caso británico (reformismo, asimilación de la clase obrera al *statu quo*) es un fenómeno ampliamente constatado en cualquier clase obrera europea. Una especie de problema que siempre acecha, aunque para Thompson no tiene por qué marcar un destino indefectible de la clase hacia su disolución, pues en los medios del capitalismo siempre terminan germinando los motivos y las corrientes de la protesta y de la contestación (que varían con los tiempos) y la necesidad de superar esta forma inhumana, economicista y degradante de sistema social al que sigue viendo como de imposible reforma<sup>8</sup>.

Aunque la pertinencia de este argumento no reciba en nuestro autor la atención que cabría esperar. La concepción de Thompson sobre lo que realmente es una

---

<sup>8</sup> Dice Thompson: “No estamos necesariamente de acuerdo (en que) la clase obrera sólo puede ser revolucionaria en sus años de formación; pero creo que debemos reconocer que una vez pasado un cierto momento álgido, la oportunidad para un cierto tipo de movimiento revolucionario desaparece irrevocablemente, no debido al ‘agotamiento’ sino a las influencias reformistas... que proporcionan beneficios evidentes” (2002, 79).

clase explica la necesidad de investigar su formación. Ciertamente, dado que sigue queriendo ser un historiador marxista, la manera específica como afronta la tarea plantea problemas teóricos e inconsistencias que han sido señalados como deficiencias de la obra. Volveremos sobre ello. Lo que ahora queremos señalar es que aquella decisión muestra muy pronto, tan pronto como el lector abre el libro, algunos rasgos sorprendentes y, cuando el libro apareció, realmente innovadores. Citemos dos de ellos.

El primero, el más sorprendente, es la incorporación a la investigación sobre la clase de hechos y fenómenos históricos nunca antes hollados por la historiografía al uso, así como la valoración de estos como plenamente significativos para el objetivo de la misma<sup>9</sup>. *La formación de la clase* lleva a nuestro autor a estudiar las tradiciones populares, las costumbres y rituales del taller, las fiestas de los oficios, las diversiones, las tabernas, las conspiraciones en las trastiendas, las canciones populares, los sindicatos de oficio, la difusión de ciertos libros políticamente muy influyentes en los medios artesanales, las doctrinas socialistas y milenaristas, el imaginario jurídico-político de las clases populares, las sociedades obreras de socorros mutuos, los fondos de subsistencia en las huelgas, los centros de reunión de los artesanos, las amenazas anónimas a patronos y especuladores, las tradiciones religiosas existentes en los medios obreros. Todo un variadísimo mundo de ideologías, acciones, reacciones, sociabilidades, mitos, leyendas y valores, que amplía el campo de investigación sobre la clase hasta extremos nunca antes imaginados y que, en el apasionado texto de Thompson, ocupan su lugar para establecer la experiencia de la clase en tanto clase autónoma, con una identidad y modo de vida propios y una diferenciación efectiva con respecto a las otras clases. Una innovación, pues, en la investigación sobre la clase que no es explicable a no ser por la ruptura de Thompson con la ortodoxia marxista de su época, por su decisión de afrontar el problema de la formación de la clase como un asunto basado principalmente en la *experiencia de clase*. Esta manera de proceder propicia el segundo rasgo que queremos destacar. La obra está transida de una incontenible narratividad mediante la cual se dilucidan los temas de la investigación.

Poco hay en el texto de las conceptualizaciones, elaboraciones formales de datos y reflexión teórica que podrían esperarse en una historia marxista o, más en general, en una historia social. En la obra hay mucho oficio de pluma, descripciones, relatos de acontecimiento relevantes, citas que recogen la voz de

---

<sup>9</sup> Sewell, William, H. (2008, 78), afirma: “La revolucionaria ampliación del campo de la historia del trabajo ha sido la hazaña más importante de Thompson”.

los protagonistas, en muchos casos las voces de los trabajadores. El papel central de lo narrativo se constituye como una alternativa consciente, casi como una obsesión, de concepción y escritura de la obra. De nuevo esta opción tiene que ver con la manera que el autor considera más apropiada para indagar y establecer la *experiencia de clase*. Una experiencia que se apodera de la obra y constituye realmente su cuerpo central, dejando en una posición mucho más secundaria la exposición y el análisis de aquellos fenómenos estructurales que influyen en las condiciones de vida de la clase y la modulación de las experiencias de clase, y que exigirían para su tratamiento otros recursos y formas de escritura. El lector echará de menos aquellos pasajes de elaboración teórica que le guíen en el propio análisis thompsoniano de la formación de la clase y eviten que se pierda en el derroche de tantas y tan diversas tramas. También la aportación de hechos que necesitan para su elaboración y presentación métodos muy alejados del recurso narrativo, caso de las técnicas estadísticas<sup>10</sup>.

Hemos señalado los logros de la obra y hemos valorado su indiscutible posición como una de las piezas históricas más importantes del siglo XX por la profunda renovación que alentó en las investigaciones de historia social. También hemos planteado que el hecho de su importancia y su papel innovador está estrechamente relacionado con el proceso de crítica de la tradición historiográfica marxista, y del propio marxismo en general, que su autor se plantea. Sostenemos que esta crítica, que consideraremos parte de la crisis terminal del marxismo en los años centrales del siglo XX, es imprescindible para comprender la importancia y la innovación a la que acabamos de referirnos. Añadamos ahora que los principales defectos que se han achacado a *La Formación*, también están relacionados con la peculiar posición de su autor, en la época de su elaboración, precisamente en relación con el marxismo. Una vez abandonada su militancia en un partido marxista, el Partido Comunista de Gran Bretaña, y rotas las relaciones con los órganos de expresión intelectual del mismo, lo que ocurre en la segunda mitad de los años 50 y primera de los 60, Thompson sigue considerándose marxista, un marxista completamente alejado de la teoría y la praxis del marxismo soviético y, en general, de las posiciones del marxismo ortodoxo, entendido esto en un sentido amplio. *La Formación* se resiente de algunos problemas teóricos y prácticos que surgen precisamente del peculiar alejamiento del marxismo propio de su autor y de su deriva hacia un

---

<sup>10</sup> Esto se constata en el siguiente dato: en toda la obra, en sus mil páginas, el lector buscará en vano un solo cuadro numérico o una gráfica sobre salarios, precios, huelgas, porcentajes de alfabetización o sobre cualquier otro hecho significativo para el análisis histórico.

tipo de historia social que difícilmente cabe dentro de la calificación de marxista que él reclama para ella.

Un problema que ha centrado la atención de importantes críticos es la relación imprecisa, y finalmente no resuelta, entre la estructura y la conciencia de clase, entre el *ser social* y la *conciencia social*, entre los determinantes objetivos y la experiencia subjetiva. De todas estas maneras ha sido planteado<sup>11</sup>. Surge el problema de cómo entiende Thompson la clase obrera. Por una parte la clase se define de forma muy acusada, como hemos dicho, desde la conciencia de clase. Por otra, Thompson mantiene la tesis marxista de la determinación de la estructura económica capitalista en la formación de la clase. Y, además, sigue entendiendo esta estructura, o *infraestructura*, como una realidad reificada o cosificada, sustancialmente permanente e invariable en su constitución última. Esto supone que la determinación económica fluye desde el cimiento sólido de la infraestructura hacia la creación y el desarrollo de la clase y, en general, de la estructura social completa de la sociedad burguesa. Giddens y Sewell achacan a Thompson el mantenimiento de esta especie de corsé dualista en el que la determinación es unidireccional y no una relación abierta entre los elementos estructurales y la experiencia subjetiva de la agencia humana, de manera que ambos polos resulten alcanzados y modificados por las transformaciones que produce precisamente este tipo de interrelaciones. Pero admitir esto hubiera supuesto para Thompson un alejamiento definitivo del marxismo<sup>12</sup> y habría hecho imposible la escritura de una obra que es lo que es por sus virtudes y, también, por sus defectos e inconsistencias. La noción de estructura de Thompson sigue siendo el Modo de Producción Capitalista tal y como es conceptuado en la tradición marxista, algo que presenta la rigidez, quizá relativa pero siempre presente, de lo material, cosificado e invariable. Por otro lado, si contra algo reacciona Thompson es contra la concepción de los seres humanos como seres mudos a merced de las fuerzas impersonales de tipo estructural. En el fondo Thompson tiene serios problemas para aceptar la noción de clase en sí y lo que esto supone en el marxismo. La necesidad de recuperar la agencia humana, los seres humanos de la clase como constructores de su destino histórico, la

---

<sup>11</sup> Dos críticas influyentes que inciden singularmente en esta cuestión son: en 1987, Giddens, Anthony (2008) y en 1990, Sewell, William, H. (2008).

<sup>12</sup> Por ejemplo, admitiendo la modificación histórica del capitalismo como fruto de esta interacción y su deriva hacia una economía compatible con un importante desarrollo de las políticas sociales y, consecuentemente, con una laminación de aspectos fundamentales de la conflictividad propia del sistema y, desde luego, con la desaparición de la lucha de clases como un elemento estructural imperturbable.



identificación de la clase con las variadas y ricas experiencias humanas de un colectivo que se identifica a sí mismo en el proceso del desarrollo de una cultura de clase y una acción de clase que responde a unos valores alternativos y contrarios a los de la sociedad en la que se desarrolla, terminan por reducir al mínimo la presencia de la estructura en *La Formación*; obscurece su papel y deja sin solución un problema que el propio autor se ha encargado de mantener vivo ante la imposibilidad de desprenderse completamente de él. Esto explica que el capítulo que aborda más directamente esta cuestión (capítulo seis, “Explotación”) resulte, sorprendentemente, más una relectura y rectificación de la base estructural del capitalismo industrial tal y como la había concebido el marxismo desde el siglo XIX, que una exposición del desarrollo y extensión de la explotación capitalista mediante el mecanismo de la *plusvalía* en tiempos de revolución industrial. Lo que no hace sino reincidir en los aspectos más confusos de su postura como marxista *sui generis*. En las páginas de “Explotación”, precisamente en ellas, Thompson insiste en plantear un aspecto muy relevante de la tesis central de su obra en términos realmente difíciles de asimilar por el marxismo: “La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución Industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento”<sup>13</sup>. Lo que significa que la determinación económica tiende a disolverse, o al menos a compartir su papel sin privilegios, con la experiencia de clase construida desde las esferas (*superestructurales*, diría un marxista al uso) de lo cultural y lo político. Thompson concede un papel muy importante a la percepción creciente como injusticias de fenómenos achacables al cambio de carácter de la explotación capitalista, y en esta evaluación la argumentación incide en la plasmación de esta percepción como parte de la

---

<sup>13</sup> Thompson, E. P. (1989, I, 203). La figura del “inglés libre por nacimiento” es responsable, en la tesis central de *La formación*, de la creación de un referente histórico de “retórica de la libertad” que es el substrato imprescindible para la formación posterior de la conciencia de clase. Thompson analiza con detenimiento el proceso mediante el cual un referente “legendario” de retórica de la libertad (“el precedente sajón”) se convierte en verdadera conciencia política revolucionaria de clase. Es el contenido de los capítulos 4 (“El inglés libre por nacimiento”) y 5 (“Plantar el árbol de la libertad”) de la obra. Sin duda dos textos brillantes y dos tipos de argumentación muy alejados del marxismo al uso. Y, además, “abusivamente” idiosincrásicos para el gusto de éste.

experiencia y conciencia de clase<sup>14</sup>. Esta insistencia en la percepción de las injusticias, en la conciencia social, como elementos determinantes de la formación de la clase, hace que Perry Anderson señale que si la clase sólo existe cuando los individuos que la componen son conscientes de compartir intereses comunes en un proceso de lucha contra la explotación capitalista, estaríamos frente a un fenómeno *relativamente marginal*, en el mejor de los casos *puramente temporal*, con la posibilidad de que se interrumpa en aquellos períodos en los que la clase muestra su debilidad, o hace mutis por el foro en tanto conciencia social de clase. Para el marxismo la clase tiene una real existencia estructural y objetiva sobre la que se desarrolla su conciencia (sin este tipo de anclaje sólido de la clase no puede haber marxismo). El debilitamiento y aun desaparición de la conciencia (se supone que la verdadera), no implica la desaparición, como ya hemos dicho, de la realidad objetiva de la clase, que permanece (y tiene que permanecer como el necesario *desiderátum* de la lucha de clases y su papel central en el marxismo). Thompson no asume esta posición, pero tampoco termina por separarse decididamente de ella y reconstruir teóricamente su manera de abordar la formación de la clase sin aquellos débitos que introducen una correosa incoherencia en la argumentación de fondo.

A los problemas de fondo de la obra se añaden otras cuestiones que hacen que resultase realmente peculiar. Destaquemos una de ellas: *La Formación* es una obra de autor y lo es en un sentido fuerte de la expresión. Presenta un carácter muy idiosincrásico, tanto desde el punto de vista de la propia autoría, como desde el punto de vista de la manera como su autor desarrolla el tema fundamental de la obra; la dedicación de la misma a un asunto inglés que asume todas las singularidades imaginables de lo inglés. Esto último está relacionado con la decisión de Thompson de alejarse definitivamente del tipo de planteamientos que venían a incidir en la excepcionalidad de la clase obrera inglesa, una cuestión que sólo cabía plantear cuando existía algún tipo canónico de clase y de conciencia de clase. Lo primero, lo que se relaciona con la autoría,

---

<sup>14</sup> Aquí nuestro autor trae a colación una lista de transformaciones heterogéneas que vuelve a trastocar el orden marxista de las determinaciones: patrono faltos de la autoridad tradicional y de las obligaciones tradicionales; distancia creciente entre patronos y obreros; transparencia de la explotación origen de la nueva riqueza; empeoramiento del nivel de vida y de la independencia de los trabajadores; parcialidad de la ley; descomposición de la economía familiar tradicional; disciplina, monotonía, horas de trabajo, condiciones de trabajo; ruptura con la idea de tiempo libre y de distracciones tradicionales; reducción del trabajador a la categoría de instrumento. Thompson, E.P. (1989, I, 212)

nos remite a cuestiones biográficas que podemos contextualizar en el decisivo agravamiento de la crisis del marxismo que supusieron los graves sucesos de Hungría en 1956 y la irrupción generalizada, a través de ellos, de la problemática del Este de Europa, de la Europa comunista, en la conciencia intelectual del marxismo de Occidente<sup>15</sup>. Desde entonces y hasta finales de la década de 1980 ya nada será igual. No sólo en materia de política marxista, sino en general respecto a las posibilidades de futuro del marxismo en general. La crisis del marxismo afecta profundamente a Thompson y *La Formación* no puede entenderse, con sus virtudes y sus defectos, fuera de este contexto personal, y colectivo, de hundimiento, así como desligada de la manera singular mediante la que su autor elabora su reacción revisionista en un tiempo de postrimerías.

La deriva marxista de Thompson desde finales de los años 1960 le lleva, en la segunda mitad de los años 1970, a una virulenta oposición a las nuevas formas “renovadoras” del marxismo *in extremis* (Althusser y sus seguidores) y, lo que es más significativo, a asumir que hay y ha habido dos tradiciones marxistas irreconciliables de larga trayectoria. No hay *un* marxismo, nunca lo hubo. Esta declaración, un tanto excéntrica, le permite a él, a E.P. Thompson, seguir identificándose como marxista, aunque para ello haya tenido que decretar la heterogeneidad de la doctrina y salvarse situándose en la parte buena y minoritaria de la misma como heterodoxo y contestatario. Por un lado está el marxismo del materialismo, la investigación empírica, la crítica abierta, la permanencia de las inquietudes morales y la referencia a los valores humanos, la importancia de la conciencia social y la imprescindible relevancia del pensamiento histórico y los procesos históricos. Por otro, el marxismo que él tacha de teológico, idealista, rígido y determinista, completamente alejado del pensamiento histórico, completamente ajeno a lo que el marxismo tiene de humanismo, y a cualquier intento de desarrollar una teoría de la acción social que supere decididamente el determinismo económico. “Debo afirmar sin ningún equívoco –afirma Thompson- que no puedo seguir hablando de una sola tradición marxista. Hay *dos* tradiciones, cuya bifurcación y cuya separación han sido lentas, y cuya declaración final de antagonismo irreconciliable fue diferida, como acontecimiento histórico, hasta 1956. Desde esta fecha en adelante ha sido necesario, tanto en política como en el campo de la teoría, declarar la lealtad a

---

<sup>15</sup> La tragedia húngara marca el punto de inflexión de la historia del comunismo, los sucesos de Checoslovaquia de 1968 son el clavo definitivo de su ataúd. El comunismo no era reformable, el estalinismo no era una desviación que pudiera corregirse. El espíritu del comunismo agoniza en Budapest y muere en Praga. Judt, Tony (2006, 650 y ss.)

una o a la otra. Entre la teología y la razón no cabe espacio para negociar”<sup>16</sup>. A la luz de este tipo de declaraciones, las sombras del ocaso parecen inminentes. Pasados unos pocos años, el Thompson de la dura polémica marxista de los 70, del compromiso declarado con la izquierda marxista, de los intentos de repensar un marxismo viable rescatado de los peligros del absolutismo teórico y la renuncia a la práctica efectiva del socialismo, también el autor de la denuncia de la reacción antimarxista, suaviza en poco tiempo su compromiso marxista y éste termina por debilitarse y desvanecerse silenciosamente hasta desaparecer. El Thompson de los años 1980 es, curiosamente, un Thompson de vuelta al “árbol de la libertad” y a la figura contestataria del “inglés libre por nacimiento”, que se inspira muy poco en la tradición marxista y se aburre de la teoría y sus polémicas. Un Thompson que vuelve a la tradición del radicalismo inglés de largo aliento, precisamente al tipo de radicalismo al que prestó gran atención en la Primera Parte de la *La Formación*. Una vez alejado sin estridencias del marxismo, Thompson asume hasta el final el papel de Disidente Radical en sus campañas contra el armamento nuclear y a favor de la paz<sup>17</sup>.

#### EL REVISIONISMO DE E. P. THOMPSON

La relación de nuestro autor con el marxismo enlaza con cuestiones generales planteadas en el vasto proceso de su crisis secular. Es lo esperable. Thompson ingresó en el Partido Comunista de Gran Bretaña en 1942 cuando estudiaba historia en Cambridge y volvió a reactivar su militancia una vez terminada la Segunda Guerra Mundial. Bryan Palmer considera que Thompson nunca fue un comunista “puro y simple”, es decir, un comunista totalmente conforme con los aspectos más rígidos del partido y su doctrina. También sugiere que su compromiso con el marxismo comunista tiene que ver con el contexto histórico de la Guerra Fría, con la influencia de este fenómeno en la propia pervivencia del comunismo y del marxismo en general<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> La idea thompsoniana de los dos marxismos como definitiva conclusión de sus polémicas de los años 70, en Thompson, E. P. (1981: 289 y ss.) El texto citado, en pág. 290.

<sup>17</sup> Estas apreciaciones las tomo de Palmer (2004: 138), que conocía bien a Thompson por los largos años de una sincera amistad.

<sup>18</sup> Refiriéndose al Thompson de principios de los años 50 Bryan Palmer comenta: “Si permanecía aprisionado, en parte, en una noción demasiado reverente del Marxismo como una particular ortodoxia recibida y ligada, en parte, al Partido Comunista de Stalin, era porque el endurecimiento de la Guerra Fría y las lealtades y la memoria y el significado de 1944 lo mantenían ahí (la referencia a 1944 es a experiencias

El Thompson comunista es, pues, un marxista formalmente ortodoxo en el que ya pueden detectarse algunos signos de una sensibilidad un tanto desviada. Esta sensibilidad se traducía en un tono que “procedía *siempre* principalmente –según la apreciación de Bryan Palmer- del lado de las moralidades”. Un asunto que está inscrito en la crisis del marxismo desde principios del siglo XX como señalábamos en el primer apartado. En esto tenía que ver su experiencia como profesor de adultos, sobre todo trabajadores, a los que enseñaba literatura e historia, insistiendo en el análisis de aquellos aspectos culturales que revestían al marxismo de una densa encarnadura vivencial, sentimental y contestataria muy alejada de la fría retórica conceptualista y abstracta que imperaba en los medios del marxismo teórico. La evolución de Thompson hacia su singular revisionismo no es, sin embargo, una mera progresión de esta sensibilidad peculiar. Hay dos catalizadores que transforman profundamente la posición intelectual de nuestro autor y desatan todo el potencial de su actitud revisionista. El primero es la inmersión de Thompson en el estudio, por motivos un tanto ocasionales, de la figura de uno de los primeros marxistas ingleses, William Morris. Un marxista realmente muy peculiar como tendremos ocasión de ver. El segundo es el impacto brutal de los acontecimientos de Hungría en 1956 y su decisión a raíz de los mismos de abandonar el Partido Comunista y sus órganos de análisis y divulgación. Thompson se queda sin partido y siente la necesidad de rehacerse como izquierdista contra el marxismo soviético, pero también contra cualquier forma reactiva de antimarxismo. En esta operación el intenso trato con Morris será decisivo.

En Morris encuentra Thompson una vía para progresar consciente y firmemente a partir de sus reacciones inespecíficas contra una doctrina esclerotizada. También una inspiración para articular su alternativa al tipo de marxismo que abandona. Desde la perspectiva de este artículo, el encuentro con Morris y la lectura thompsoniana de Morris son aspectos muy significativos de la crisis marxista del autor y de su tarea de reconstrucción. Pero también nos dicen algo interesante sobre la crisis del marxismo en general, pues tocan aspectos sensibles de las deficiencias de la teoría, de lo que una tradición contestataria desarrollada en el mismo seno de la teoría señalaba como puntos débiles.

---

biográficas importantes para su compromiso político e ideológico)”. También es de este autor la apreciación siguiente: “En el intenso clima anticomunista de principios de los años cincuenta, parecía que la política quedaba congelada en las polaridades de la Guerra Fría” y con ello se refiere a los roces que un militante muy activo en el movimiento de base tenía con los dirigentes del PCGB de Londres. Palmer (2004: 73 y 74).

El interés de Thompson por William Morris empieza de forma casual. Preparaba sus clases de adultos, muchos de ellos con vínculos con el sindicalismo obrero, y buscaba textos que pudieran acercar la literatura a sus experiencias de vida. Lee a Morris y se interesa por él. Consulta algunos libros sobre Morris y le resultan tan deficientes e injustos que decide darles una respuesta. Después de un primer artículo en defensa de la verdadera talla de Morris, se embarca en una biografía intelectual que terminará siendo un libro de casi ochocientas páginas. “Morris me capturó”, dice Thompson. En el proceso de escribir sobre Morris, Thompson terminará por convertirse en historiador y en comunista disidente<sup>19</sup>. En sus propias palabras, la biografía de Morris, publicada en 1955, era todavía “una obra de ‘revisionismo’ fallido”. Y añade: “(Cuando) en 1956 llegué a la articulación plena de mis desacuerdos con el marxismo ortodoxo, volví a los modos de percepción que había aprendido en los años de compañía íntima con Morris y encontré la voluntad para seguir argumentando con su aliento a mis espaldas”<sup>20</sup>.

William Morris es una influencia imprescindible para entender la sustancia y el tono del revisionismo de Thompson. Lo primero que nuestro autor encuentra en Morris es una respuesta a algo que le preocupa en los años de maduración de su posición crítica. Lo que Thompson denomina “un verdadero silencio de Marx” que permanecerá en el marxismo posterior. Es la ausencia, dice, “de lo que los antropólogos llamarían sistema de valores”. Frente al marxismo de modelos y categorías fundados en concepciones económicas “ultrasimplificadoras” del comportamiento y la motivación humanas, encontramos en Morris, el marxista, plenamente vigentes las dimensiones *morales* y *culturales* de la motivación, de la elaboración de la conciencia y de la acción revolucionaria de la clase obrera<sup>21</sup>.

---

<sup>19</sup> Para la manera como Thompson entra en contacto con Morris, Thompson, E. P. (1976). En esta misma entrevista afirma que mientras “me dedicaba a esto pensé mucho más seriamente en hacerme historiador... Me encontré fascinado por la posibilidad de llegar al fondo de las cosas en las fuentes mismas. Adquirí este entusiasmo en los archivos”.

<sup>20</sup> Thompson, E. P. (1988, *Postscriptum*, 745).

<sup>21</sup> Thompson recuerda a los marxistas una verdad de Morris: “Una comunidad comunista requeriría una revolución moral tan profunda como la revolución del poder económico y social”. Esto no es algo que quepa esperar ocurra con la simple transformación del Modo de Producción mediante la revolución socialista. La Unión Soviética estalinista es una muestra de lo que se está hablando. Palmer (2004: 79).

Y a esto hay que añadir la vigencia sorprendente del utopismo, de la despreciada y olvidada tradición del socialismo utópico. Morris es un socialista utópico a tiempo completo<sup>22</sup>.

Lo que interesa a Thompson es precisamente lo que el utopismo tiene de advertencia sobre la necesidad de superar radicalmente el capitalismo mediante una verdadera revolución que tiene sus retos imprescindibles no sólo ni exclusivamente en materia de economía, sino de cultura y valores. En este asunto el marxismo permanecía inactivo o completamente desactivado precisamente, entre otras cosas, por el rechazo de plano del recurso del pensamiento utópico y con él de una *imaginación socialista*. La tradición utópica era especialmente rica en el desarrollo de una sensibilidad moral y cultural típicamente anticapitalista, y en incidir en la importancia de esta perspectiva. Para el pensamiento utópico decimonónico la *educación del deseo* era un ingrediente imprescindible del anticapitalismo, un asunto importante para mantener alta la guardia frente al *utilitarismo* propio del capitalismo y de la economía política en general. “El caso Morris” permite plantear, según Thompson, todo el problema de la anulación de las facultades imaginativas utópicas del marxismo y con ellas la carencia de un vocabulario relativo al *deseo*, así como su tendencia a recaer en el “paraíso terrenal del utilitarismo”, en “la maximización del crecimiento económico” y, por qué no, en la identificación de hedonismo y felicidad socialista, con la difícil papeleta que esto plantea a la permanencia del espíritu anticapitalista, y el flanco que desprotege frente al embate poderoso, precisamente en este terreno, del capitalismo más avanzado.

Que todo esto se combinase con una análisis económico muy endeble del capitalismo y de los fundamentos del socialismo, aspectos de los que se vanagloriaba el marxismo, no justificaba el completo abandono de la enseñanzas y sugerencias de la tradición utópica y su descalificación tildándola de pensamiento propio de las etapas inmaduras del socialismo, falto de cualquier tipo de rigor “científico” y condenado al olvido una vez que había cumplido su función histórica seminal. Por otra parte, la necesidad de la vena utópica tenía que jugar un papel en la construcción del *imaginario socialista*. Para Morris y para otros marxistas posteriores, la clase obrera necesita una representación de la sociedad que les espera después de la revolución. Todavía más en una época en la

---

<sup>22</sup> El utopismo recorre toda la obra del Morris marxista: “A factory as it might be”, “The Society of the Future”, “The Dream of John”, “How we Live, and how we might Live”, “Useful Work versus Useless Toil”, etc. Para acabar, en una fecha tan tardía como 1890, con su libro *News from Nowhere*, literatura utópica de principio a fin.

que los socialismos realmente existentes (la socialdemocracia y, después, el comunismo) difícilmente podían ofrecer una imagen de aquello por lo que merecía la pena arriesgarse, padecer y combatir con radicalidad y tesón. Después de 1850, el socialismo ya no necesitaba más utopismo y la especulación sobre la sociedad del futuro fue reprimida y completamente desplazada por la atención puesta enteramente en las *estrategias* del anticapitalismo<sup>23</sup>. Con todo ello el marxismo se secaba y crujía con el ruido propio de la hierba que pierde con la humedad su verdor quedando reducida a un despojo o, en el mejor de los casos, una vez empacada, a un expeditivo alimento invernal.

Hemos mencionado los elementos básicos que Thompson encuentra en Morris para su revisionismo. Tenemos, ahora, que centrar la atención en éste. Realmente qué hay en Morris y por qué lo hay. Qué tiene este autor para ejercer tal atracción sobre el Thompson que duda de los fundamentos del marxismo y busca otra forma de marxismo. Morris no sólo es la clave de elementos decisivos del revisionismo thompsoniano, también ofrece una clave para entender algunas insuficiencias significativas del marxismo y esto es así porque William Morris es un marxista harto peculiar<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> M. Abensour comenta: “Nos hemos vuelto tan duros y prácticos que nos avergonzamos de pintar la visión espléndida, de mostrar algunos retazos de la tierra prometida. Ha desaparecido de nuestros discursos, de nuestra prensa, de nuestros panfletos... Sin embargo, fue este tipo de inspiración verbal el que dio vida a la urgencia indestructible de seguir combatiendo por la libertad”. Abensour, M. (1973: 75).

<sup>24</sup> William Morris nunca tuvo buena prensa en los círculos marxistas. Ya el viejo Engels tuvo muchas recriminaciones que hacer a su manera de entender el marxismo y el socialismo en general. Engels se refería a Morris como “ese socialista sentimental”. Thompson saldrá al paso de estas críticas y mantiene que si se puede afirmar, como se ha afirmado, que “desde el punto de vista marxista el socialismo de Morris era regresivo” (escapismo, utopismo, antimodernismo), esto sólo puede indicar el letargo de la imaginación y la construcción teórica que el marxismo ortodoxo experimentaba desde los años 1880. Thompson, E. P. (1988, *Poscriptum*, 716 y ss.) La posición que Thompson defiende es que Marx podría haber juzgado con más simpatía a Morris que Engels, pues la rebelión marxiana inicial “había sido afín a la tradición romántica” (Thompson seguro que se refiere a los *Manuscritos* de 1844 del joven Marx). “El desdén de Engels hacia Morris ejemplifica la estrechez de la ortodoxia de aquellos años... A medida que avanzaron las tendencias hacia el determinismo y el positivismo, la tradición (marxista) sufrió un cierre teórico generalizado y la



William Morris, el poeta, el empresario e ideólogo de la fabricación alternativa de objetos de alta calidad y excelente diseño en *The Firm*, el miembro activo de la *Sociedad Anti-Scrape* a la que perteneció hasta el final de sus días, llegó al socialismo a la edad de 48 años, en 1882; en la época en la que realmente comienza el movimiento socialista en Gran Bretaña. Tenía detrás largos años de desarrollo de un pensamiento crítico contra la degradación laboral, moral, cultural y ambiental de un capitalismo industrial que consideraba destructor; ideas que se habían formado en él en contacto con una larga e importante tradición inglesa de romanticismo radical anticapitalista y antindustrialista. Morris había hecho de esta tradición parte fundamental de su visión de la modernidad que se desplegaba ante él, y de su actividad como fabricante alternativo, militante contestatario y escritor comprometido.

El anticapitalismo de Morris se gesta por entero en los potentes medios del radicalismo romántico conservador que floreció en Inglaterra a partir de la década de 1840. Morris tiene una vinculación muy fuerte con John Ruskin y, a través de él, enlaza con la voz más tonante del anticapitalismo romántico inglés, con Thomas Carlyle. Ese Carlyle que tanto fascinó al joven Engels, precisamente por su encendida retórica contra el capitalismo industrial realmente existente. Toda la crítica anticapitalista de Carlyle y Ruskin es de tipo moral y cultural. El capitalismo industrial no es prioritariamente una mala economía sino un sistema productivo repulsivo que pervierte la entidad humana de aquellos que están sometidos a él, sean patronos u obreros. Relaciones sociales de producción caracterizadas por el desprecio, la subordinación más cruda, la explotación, la riqueza ilimitada y la miseria más sórdida. Alienación y degradación completa del trabajo por su transformación en fuerza laboral definida exclusivamente por su perfil crudamente utilitarista e instrumental. Degradación de los medios productivos atezados por la sordidez y la penosidad, al entero servicio del puro beneficio de unos patronos cegados por su propio e inmediato interés. Erradicación de cualquier consideración estética de la vida personal, social, cultural y medioambiental, la propia de un capitalismo al que califican de *mammonismo*, bucanerismo, aventurerismo y economía rudamente especulativa. El capitalismo industrialista disuelve la idea de lo bello en la vida nacional y propicia la fealdad que se extiende por la campiña y las ciudades industriales inglesas, arrasadas por fábricas y yacimientos infames, ferrocarriles de trazado abusivo, muelles infectos y barrios obreros insalubres y miserables. A la vez que degrada la calidad y el diseño de los bienes producidos, abjura de los principios

---

posibilidad ofrecida por Morris, es decir, la conjunción de tradiciones fue rechazada". Thompson, E. P. (1988, *Poscriptum*, 723).

de funcionalidad y “utilidad verdadera”, y los pervierte y sacrifica en aras del beneficio inmediato que, como mercancías, reportan en un mercado ilimitado e irrestricto. A lo que se añade, principalmente en Ruskin, la reivindicación del trabajo artesanal y de la figura paradigmática del artesano como el trabajador de referencia de una buena sociedad. Un trabajador definido por la vinculación de sus capacidades de manipulación y destreza con las de inteligencia y creatividad. Una figura del trabajador que es acosada por los embates de un industrialismo anómico que cursa con un maquinismo ilimitado al entero servicio de intereses espurios en un proceso imparable de transformación del trabajador artesanal en un *trabajador simple*.

De esta tradición contestataria que supo expresar, como ninguna otra, el cuadro más vivo de la condición material, moral y cultural de un capitalismo que considera arrasador, se nutre William Morris, y en ella desarrolla su posición anticapitalista caracterizada por un radicalismo que no encontramos en sus mentores y un tono de denuncia que, sin romper con la violenta retórica de éstos, se abre a nuevas ideas para fortalecerse y encontrar los fundamentos para una contestación más efectiva. El anticapitalismo romántico de Morris se encuentra finalmente con el socialismo marxista. En el marxismo encuentra Morris una respuesta a las incapacidades y frustraciones del radicalismo romántico anticapitalista. La respuesta de éste era el *nuevo señorío industrial* de Carlyle o la *economía política de los afectos* de Ruskin. Salidas recuperadas del imaginario medievalista, tan del gusto romántico, y que compartían la solución paternalista (la solidaridad jerárquica propia del paternalismo) como alternativa a los males de un capitalismo inorgánico y desintegrado, de desigualdades afrentosas y conflictividad a flor de piel, por la completa imposibilidad de solidaridad social. El marxismo proporciona a Morris una idea de Revolución capaz de acabar con el capitalismo precisamente porque define de manera expresa las fuerzas en lucha, la inevitabilidad de la confrontación y el necesario éxito de los oprimidos. Clases y lucha de clases.

Lo destacable de Morris, lo propio de su pensamiento, es que una fina capa de marxismo cubre un profundo sedimento de radicalismo romántico anticapitalista que emite su crítica en una onda bien distinta de la que utiliza el marxismo. Las categorías con las que se construye el anticapitalismo de Morris están ancladas, por decirlo breve y simplemente, en lo que el marxismo considera como *superestructura*. De aquí saca Morris todo su arsenal crítico, toda su pasión revolucionaria y socialista. Poco hay en él de la fascinación marxista por el cientifismo; del dibujo un tanto apolíneo de las líneas maestras del materialismo histórico y sus modos de producción; de la determinación económica de la

infraestructura sobre la superestructura, de lo primigenio y decisivo de lo primero y lo derivado y relativamente insustancial de lo segundo; de la centralidad teórica del concepto de *plusvalía* para la definición del capitalismo como un modo de producción inherentemente explotador y condenado a su extinción por su creación específica de las clases y el conflicto irresoluble de clase. Ciertamente no está aquí Morris, o sólo lo está de manera muy parcial y aun deficiente. Principalmente se aprovecha de lo que el marxismo le ofrece para sustentar su pasión revolucionaria y para asegurar el necesario advenimiento del socialismo, por ofrecerle un poderoso sujeto revolucionario para llevar a cabo la revolución. Lo está para negar y transformar completamente la salida blanda del paternalismo, de la cooperación, de un nuevo solidarismo orgánico, propia de los radicalismos románticos; de una tradición que, por otra parte, tanto respeta y de la que tanto se alimenta. Ciertamente, William Morris fue un marxista harto peculiar y también muy idiosincrásico. Y, sin embargo, Morris resulta singularmente moderno. Lo que quiero decir es que, anclado en la tradición contestataria romántica de mediados del siglo XIX, vive y formula los problemas del capitalismo como problemas de la sociedad burguesa, como problemas de una *civilización* indeseable que compromete cosas que trascienden la mera explotación económica y que no adquieren su contundencia y verdadera dimensión si se reducen a su explicación estrictamente económica. Morris rechaza no sólo las relaciones sociales de producción capitalistas, sino la completa “civilización” a las que han dado lugar. Y esto supone situar el rechazo en un plano bien distinto al que solemos encontrar en las formas ortodoxas del marxismo. Suya es esta contundente y significativa frase tan ajena al marxismo: “La principal pasión de mi vida ha sido y es el odio a la civilización moderna”<sup>25</sup>. Frase propia de un verdadero crítico cultural a tiempo completo.

Volvamos a Thompson una vez presentado el Morris que tanto le atrajo y tanto le influyó. En tiempos marxistas de tribulación nuestro autor hace mudanza. La larguísima convivencia con William Morris mientras escribía su biografía dará sus frutos cuando rompa con el marxismo ortodoxo. El revisionismo de Thompson se elabora, en buena medida, recuperando el radicalismo romántico de Morris. Lo interesante y sorprendente de esta operación es que mediante ella nuestro historiador se distancia de la tradición anticapitalista del marxismo para recuperar otra tradición bien distinta, muy olvidada y despreciada en los años de éxito y dominio del marxismo sobre el movimiento socialista. Con Morris nuestro autor recupera no sólo la tradición anticapitalista romántica, sino también, como hemos señalado más arriba, la pulsión utopista del socialismo. Esa

<sup>25</sup> Esta frase, en “How I Became a Socialist”, texto de 1884. Morris, W. (2001).

tradición utopista, de la que tanto abjuró el marxismo, era necesaria como un recurso imprescindible para hablar del socialismo y de la sociedad socialista a los medios obreros comprometidos con la lucha anticapitalista. Un recurso que proporcionaba una referencia para todos aquellos que veían el capitalismo principalmente como una sociedad (mejor una civilización) injusta y corrompida, de la que destacaban especialmente sus afrentosos rasgos culturales psicológicos y morales<sup>26</sup>. Y a la que combatían a su costa. Thompson rescata y asume esta tradición y quiere hacerla compatible con el marxismo, más aun desea ver también en ella el marxismo auténtico con el que responder a la grave esclerosis del comunismo soviético y sus penosos efectos sobre el marxismo occidental. Nuestro autor se creará todo tipo de problemas, ya lo sabemos. Los problemas de pretender hacer pasar por marxismo, por auténtico marxismo, lo que difícilmente podía serlo. En ello repararon importantes marxista coetáneos y así se lo hicieron saber.

Lo llamativo, y sólo puedo bosquejarlo en estas páginas, es que este marxista que quiere seguir siéndolo se sumerja, precisamente para poder serlo, en un terreno poco recomendable y objeto de todo tipo de suspicacias. No ya el del socialismo utópico, sino el del radicalismo romántico conservador. Una importante e interesante tradición crítica que desapareció sin dejar aparentes rastros destacables y que desarrolló un importante y sugestivo discurso anticapitalista y antindustrialista. El tipo de discurso que hizo a Morris y encandiló a Thompson, precisamente por encontrar en él aquello que rompía con lo que él entendía como marxismo esclerotizado. El asunto no deja de ser incómodo. La manera de sublimar tal incomodidad pasaba, y pasó, por separar en el pensamiento radical romántico, con un decidido tajo, lo conservador (reducido a paternalismo y la solidaridad jerárquica) de los contenidos de la crítica tan vívida del capitalismo que en él se desarrolló. Es lo que hace Thompson, y también otro importante autor contemporáneo, Raymond Williams<sup>27</sup>. Sin embargo, parece difícil asumir

---

<sup>26</sup> Baste recordar quizá al más grande de los socialistas utópicos, Charles Fourier. Toda su extravagante obra escrita con los tonos más sorprendentes y geniales de la parodia, es una mordaz crítica de la civilización burguesa y la presentación de un “nuevo mundo societario” en el que, según el código poético de la *comedia*, se resuelve feliz y fácilmente una larga historia de represiones y frustraciones civilizatorias.

<sup>27</sup> Lo hace este último en una importante obra, *Cultura y Sociedad*, que alcanzó gran influencia y en la que incide en la tradición del radicalismo romántico inglés y su alargada sombra. La contribución de esta obra, alabada por Thompson, es demostrar lo persistente que había sido en Inglaterra la crítica romántica del capitalismo industrial. Raymond Williams publicó esta obra en 1958 y su propia biografía de

esta operación que se lleva a cabo en aras de una tranquilizadora corrección política (permítaseme la expresión). Lo que realmente deberíamos discutir es si tal corte es posible sin destrozar los aspectos críticos más sugestivos de tal tradición, precisamente esos aspectos que tanto interesaron a Thompson y tan vivos están en Morris. Decir esto es afirmar que hubo otras vías del anticapitalismo que escrutaron los males del mismo de manera inteligente, sagaz y sugerente. Y que lo pudieron hacer en la medida, y sólo en la medida, en que se inscribían en una tradición *singular* que afilaba su capacidad de observación y análisis y les permitía fijarse en aspectos importantes que otras tradiciones ignoraban o sobrevolaban. Una de las virtualidades de la vía conservadora del anticapitalismo era haber desarrollado toda su capacidad crítica completamente al margen de la gran tradición *utilitarista* de la economía política clásica. Algo que Marx (que en esto pertenece completamente al mundo de la economía clásica) y el marxismo no hicieron en absoluto y por lo que finalmente pagaron un alto precio. Thompson reconoce expresamente, y valora positivamente, el alejamiento de Morris del utilitarismo, pero pasa por alto que la posición antiutilitarista de éste sólo puede comprenderse por su anclaje en el conservadurismo romántico. Por su estrecha conexión intelectual con el John Ruskin de *Unto this Last*. La obra que, en 1860, resume la idea antiutilitarista de la “economía política” de este autor. En fin, cosas que nos llevarían a ocuparnos de la manera de hacer historia intelectual, de la propensión a no respetar los contextos históricos específicos en los que emergen las ideas y los discursos. Desde mi punto de vista, a la necesidad para ser historiadores rigurosos y consecuentes, de tomar a los autores completos, sin despiezarlos para cocinar con los trozos, generalmente considerados más magros, más proteínicos y menos indigestos, un plato que se atenga a algún tipo de receta saludable.

Terminemos con una breve respuesta a una pregunta que, a estas alturas, debemos hacernos. ¿Cómo influyó Morris, y en general la tradición del radicalismo romántico, en la escritura de *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*? Creo que algunos de los aspectos más novedosos de la obra, algunos de los que le han dado mayor fama y éxito, tienen que ver con la larga relación de su autor con William Morris y, a través de él, con la tradición en la que éste se inscribía de manera tan notable. Dicho de otra manera, tienen que ver con la forma específica como se construye el revisionismo thompsoniano. Destaquemos tres de ellos.

---

marxista revisionista desencantado presenta más de una coincidencia con la de Thompson. Los dos son figuras muy representativas de una época. Raymond Williams (2001).

Empecemos por el utopismo de Morris. Su recuperación de la tradición del socialismo utópico, tan palmaria y, por qué no, molesta, es para Thompson una puerta de acceso a un aspecto del lenguaje y del imaginario de la clase obrera (por ejemplo la importante tradición owenista) que tiene su parte en la formación de la experiencia de la clase y su encarnación en radicalismo y contestación. Un ingrediente importante para la creación de una *imaginación socialista* que contribuye a forjar la autonomía de la clase en la medida en que ésta es capaz de elaborar un referente productivo distinto del capitalista industrial al uso, y del discurso que sobre el mismo crean los economistas políticos clásicos. Un referente muy escorado, como es propio de todo el socialismo utópico, hacia un lenguaje preñado de virtualidades culturales y morales y, por lo tanto, extremadamente propicio para crear la *experiencia* de clase tal y como Thompson la entiende y, por lo tanto, para explicar la formación de la clase.

Tanto William Morris como John Ruskin son autores que en distintas épocas (mediados y finales del siglo XIX) reivindican toda la relevancia posible del trabajo artesanal y de la figura laboral del artesano. Hablamos del segundo aspecto. No lo hacen como si se refiriesen, melancólicamente, a formas laborales periclitadas o en grave proceso de serlo, sino como referentes para cualquier sociedad buena en la que el trabajo recupere la entidad que le arrebatan las formas simples y degradadas del trabajo capitalista y ocupe una posición central en la consecución de una vida, personal y social, realmente humana y feliz. Hay en *La Formación* una visión muy singular, e historiográficamente muy innovadora, de los artesanos y su mundo propio. De hecho, en ella los artesanos salen completamente de la reserva inmisericorde y decadente a la que los había reducido el marxismo, para convertirse en sujetos centrales de la formación de la clase y del movimiento obrero. El artesanado inglés aparece en esta especie de saga que es la obra de Thompson como un segmento decisivo de la clase obrera precisamente porque sus experiencias políticas (“ingleses libres por nacimiento”, “plantadores del árbol de la libertad”), sociales y laborales les permiten reaccionar frente al trabajo capitalista y su organización, que ellos experimentan como intrínsecamente lesivo para sus intereses e imaginario de artesanos y despreciativo para su acusada sensibilidad política de ciudadanos, que no súbditos. Y no olvidemos que en pocas cuestiones como la consideración del artesanado y el trabajo artesanal fue tan fuerte el conservadurismo del radicalismo romántico. Thompson entendió que la lucha del artesanado era también la lucha de la clase y que los elementos esenciales del trabajo artesanal podían ser asumidos como elementos esenciales de cualquier trabajo realmente

humano (manipulación-destreza más inteligencia y, en numerosas ocasiones, creatividad); tal y como John Ruskin se había esforzado en afirmar y como Morris asumía cuando se refería a la forma de trabajo de referencia propia del socialismo. Se recuperaba la idea de que el trabajo tenía que encontrar en el socialismo una entera entidad humana, sin que se resolviese el problema del trabajo socialista reduciendo drásticamente el tiempo de trabajo, *banalizando* el trabajo, amortizando la fatiga laboral mediante algún tipo de ensoñación maquinista, o reconvirtiéndolo en la idea etérea y difusa de un “trabajo libre” *ad libitum*, tan difícil de distinguir del ocio activo, como solía hacer el marxismo<sup>28</sup>.

El tercer aspecto subraya que hay en *La Formación* una tendencia manifiesta a relativizar la explotación estrictamente económica como factor fundamental de la creación de la clase obrera, cuando tal formación asume el correoso problema de la imprescindible conciencia de clase. Una blasfemia para el marxismo ortodoxo y un tema recurrente en la crisis secular del marxismo. Frente a esto adquieren una importancia desusada, en un texto que se quiere marxista, la experiencia y los sentimientos de la injusticia, el desprecio y la preterición. Una amalgama de experiencias y sentimientos de clase que se articulan mediante un lenguaje moral, cultural y político. Y también laboral, sin que en este aspecto la reacción se limite ni mucho menos a cuestiones de explotación estrictamente salarial, o a condiciones específicamente ligadas a la ejecución material de los trabajos. Dice Thompson en el capítulo titulado “Explotación”: “Algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años (los de la formación de la clase) versaron sobre temas que no están englobados en las series del coste de la vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de *sentimiento* fueron aquellos en los que estaban en litigio *valores* como las costumbres tradicionales, ‘justicia’, ‘independencia’, seguridad o economía familiar... Los primeros años de la década de 1830 están incendiados por agitaciones que versaban sobre temas en los que los salarios tenían una importancia secundaria”<sup>29</sup>.

Liberado, con la necesaria ayuda de Morris, del rígido corsé de la manera marxista de entender la *formación* de la clase (si es que existe realmente algo que

---

<sup>28</sup> El industrialismo soviético ofrecía a los espectadores anticapitalistas del momento un cuadro demoledor de lo que podía ocurrir cuando el socialismo no se tomaba en serio la cuestión del trabajo. También de la irresponsabilidad de arrojar al cubo de la basura histórica las formas artesanales del trabajo cuando el concepto de lo artesanal pasa a definirse por sus rasgos esenciales y a ser un referente de la forma humana de trabajo.

<sup>29</sup> Thompson, E. P. (1989, I, 203 y 212). El énfasis es mío.

pueda denominarse así en el marxismo ortodoxo), Thompson ha podido meterse en los archivos y hacer la historia “empírica” que le situó en la primera fila de los historiadores sociales de su época. Este cambio propicia que en su obra cobren una importancia desusada para explicar la formación de la clase los discursos contestatarios y su retórica, por ejemplo *Los Derechos del Hombre* de Thomas Paine; o la tradición jurídica inglesa (“el inglés libre por nacimiento”). A lo que se añade la sociabilidad y experiencia obrera en los sindicatos de oficio y las *friendly societies*, en los espacios de reunión, de festejo y de entretenimiento. En las luchas por los derechos históricos y de nuevo cuño, en los actos de violencia reactiva frente a la conculcación de costumbres y valores bien asentados, en movimientos como el Ludismo y el Cartismo. Todo ellos elementos con una decidida carga “superestructural” que se apoderan del texto y de la interpretación para alumbrar una clase realmente distinta de la que se esperaba.

Cuando se cumple medio siglo desde la aparición de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, podemos acercarnos a la obra con la mirada tranquila y respetuosa de quien relee un texto que se ha convertido en un clásico de la historia social. Lo que hay de innovador en la misma está debidamente proclamado, también asumido y amortizado. Las polémicas que la rodearon son ya polémicas de época, interesantes para un historiador, pero poco relevantes en el presente. Es significativo, y a mí me gusta resaltarlo por lo que dice del pasado próximo, que un historiador como E. P. Thompson tuviera las dificultades que tuvo para desasirse de una doctrina que rechazaba y, a la vez, para estar dentro del círculo mágico de los que eran, a pesar de todo, fieles y leales a la misma (o a alguna forma más aceptable de la misma). Pero finalmente nuestro autor, como tantos otros que vivieron esta especie de esquizofrenia intelectual funcional, dejaron correr el curso de las cosas y, silenciosamente y sin aspavientos, asistieron a la desaparición en ellos mismos del pasado de una ilusión; puede que con alguna nostalgia, pero sabiendo que se trataba de una historia cerrada.

#### BIBLIOGRAFIA

- ABENSOUR M. (1973): *Les formes de l'Utopie Socialiste-Coministe*, Paris.
- ANDERSON, P. (1964): “Origins of the Present Crisis”, *New Left Review*, 23: 4-36.
- ANDERSON P., ELEY G., GIDDENS A., PALMER, B. D., SEWELL, W. H. y WOOD, E. M.. (2008): *E. P. Thompson, diálogos y controversias*. Valencia, Fundación Instituto de Historia Social.



- GUSTAFSSON, B. (1975): *Marxismo y revisionismo*, Buenos Aires, Grijalbo
- JUDT, T. (2006): *Postguerra. Una Historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus.
- KEY, H. y MCCLELLAND, K. (1990): *E. P. Thompson. Critical Perspectives*, Oxford, Basil Blackwell.
- MORRIS, W. (2001): *Politics, Art, and Society*, London, Ebrary
- NAIRN, T. (1964): "The British Political Elite", *New Left Review*, 23: 38-60.
- PALMER, B. D. (2004): *E. P. Thompson. Objeciones y Oposiciones*, Valencia, PUV.
- THOMPSON, E. P. (1979): *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- THOMPSON, E. P. (1981): *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica.
- THOMPSON, E. P. (1988): *William Morris. De romántico a revolucionario*, Valencia, Alfonso El Magnánimo.
- THOMPSON, E. P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 2 vol. Existe una nueva edición publicada en 2012 por la Editorial Capitán Swing
- THOMPSON, E. P. (2000): "William Morris". *Agenda para una historia radical*, Barcelona, Crítica.
- THOMPSON, E. P. (2002): *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social.
- WILLIAMS, R. (2001): *Cultura y Sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Recibido: 3 de julio de 2013

Aceptado: 20 de septiembre de 2013

**Fernando Díez** es doctor en Historia, es profesor titular del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia. Autor de *Viles y Mecánicos*, *La sociedad desasistida*, *Utilidad, deseo y virtud*, ha dedicado su

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA (SH)

investigación a la historia social e intelectual del trabajo y a la historia de las políticas sociales.